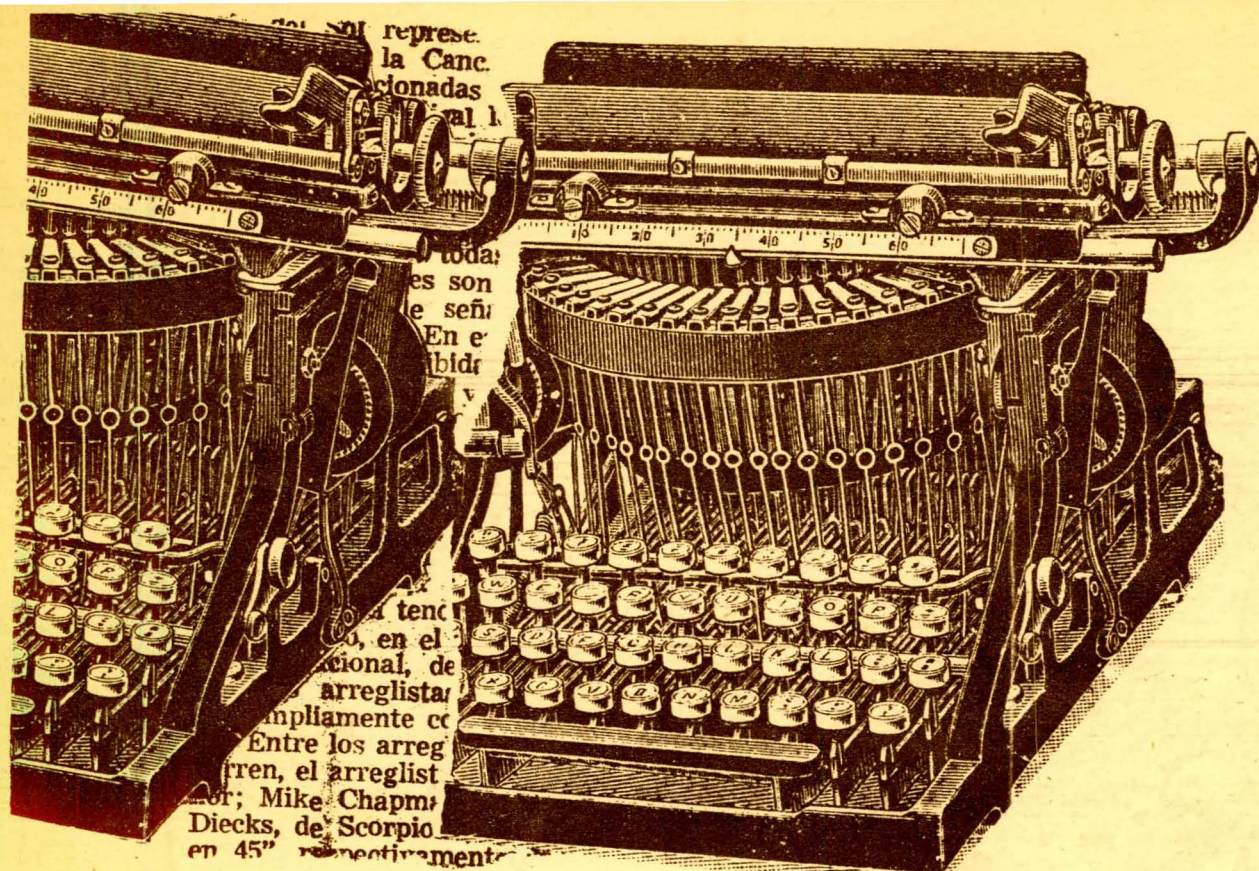


LA CULTURA
EN MOVIMIENTO



MANUEL BUENDIA
Entrevista por Otto Granados Roldán

Allen Ginsberg
ENCUENTROS
por Antonio Saborit



Diecks, de Scorpio en 45" respectivamente

EN JULIO DE 1980 un conflicto surgido entre un cacique ocupando transitoriamente la gubernatura del estado de Guerrero y un periodista, hizo recapitular en lo que cotidianamente había significado —y significa ahora— el trabajo de este último en la vida política del país. Manuel Buendía fue injuriado y amenazado en su integridad física por Rubén Figueroa! y “amigos y no amigos” —como dice el propio Buendía— se reunieron a su alrededor para manifestarle su solidaridad y, tácitamente, rendir un homenaje al periodista. “Si —dijo en aquella ocasión don Francisco Martínez de la Vega—, desde los conciertos dominicales de Tellezgirón, advertí que un día, con cualquier motivo o pretexto, Manuel Buendía recibiría un homenaje como éste, no sólo de sus compañeros sin celo ni envidias, sino de sus criticados funcionarios, de sus lectores, de tantos miles y miles de mexicanos que distinguen cuándo y dónde el periodismo deja de ser aventura de piratas, gran industria de empresarios sólo preocupados por balances con pródigos lucros para convertirse en misión limpia, exigente, luminosa”.

Y no era para menos. Buendía ha escalado en más de treinta y cinco años de periodista casi todos los peldaños del oficio. Ha sido reportero de policía y de política, director del diario *La Prensa* y del semanario *Crucero*, comunicador social en cuatro importantes agencias gubernamentales, comentarista en televisión y profesor universitario. Hoy Buendía es el autor de “Red Privada”, una de las columnas políticas más leídas, más importantes y de mayor peso en México, que se publica en un periódico capitalino y en varias decenas más del interior. Prepara, además, diversos comentarios para prensa extranjera que son distribuidos por la agencia Inter-press Service y próximamente reiniciará un par de colaboraciones semanales para el programa radiofónico “Onda Política” que se transmite desde la ciudad de México.

Buendía habla en su oficina en una de las colonias más antiguas de la capital del país, cercana al centro, entre revistas, libros, documentos, cartas. Allí los cartones de Naranjo y de Helio Flores. Allí la foto del joven reportero en la escalerilla de un avión. Allí la foto conversando con el Presidente López Portillo, con Jorge Díaz Serrano, con Miguel Angel Godínez, con Manuel Becerra Acosta, con Miguel Angel Granados Chapa. Allí otra foto autografiada por el Presidente, dos teléfonos,

una Olympia poquito más grande que la tamaño portátil, los Dunhill.

Habla del quehacer periodístico, del columnismo político, de su propio trabajo y define: “Trato de ejercer esta capacidad de manifestarme, esta oportunidad que se me ha dado para servir a la sociedad a la que pertenezco. Para asumir hasta donde pueda, hasta donde lo alcanzo a entender, las causas de los campesinos, de los obreros, de los perseguidos, de los presos, de la gente que tiene necesidad de ser atendida por alguien y de que alguien tome su voz y la amplifique para que se escuche”.

“¿Cómo ha venido a parar en esto?”

—Don Manuel Buendía ha recorrido casi todos los géneros del periodismo: ha sido reportero de policía, ha dirigido un periódico, ha incursionado como comunicador social de importantes organismos del Gobierno y hoy es columnista político, seguramente el más influyente. ¿Han sido las circunstancias las que lo han llevado de un género a otro o bien siente que así ha sido porque obedece a una predilección personal?

—¿Cómo he venido a parar en esto? Sin duda ha sido una combinación de circunstancias cuanto de fidelidad a una vocación, a un impulso, a una meta, a un deseo trazado con mucha anterioridad. Juego de circunstancias en tanto el reportero que va en busca de un empleo, ciertamente no tiene enfrente de sí un juego de opciones, sino que se da de santos si

consigue un empleo fijo en algún periódico importante. Una vez allí, tiene que sujetarse a una severa disciplina de trabajo que durante un largo tiempo no le permitirá hacer otra cosa que aquellas que le ordenen. Sin embargo, uno sabe, si es que su presencia en el periodismo obedece a una verdadera vocación, que tarde o temprano el reportero va a dejar de ser una mera pieza movable dentro del equipo de trabajo de una redacción y se le va a empezar a tomar más en cuenta como trabajador intelectual, como gente cuya individualidad —y refuerzo, subrayo esta palabra: individualidad— es necesario tomar en cuenta, respetar y hasta conveniente para la empresa. Es decir, comienza a ser un nombre profesional, un periodista cuya forma vale algo en el ánimo de los lectores de ese periódico. Comienza a ser cotizado de otra manera y entonces es cuando el reportero, el periodista reasume sus propios impulsos vocacionales, sus propias metas en la vida y reclama un sitio propio, individualizado, claramente diferenciado, para comenzar a ser él mismo. Comienza, no a refugiarse, sino a acendrase, a concentrarse, en un individualismo que lo vuelve más y más eficaz para servir a su sociedad, a su patria, a su país. Y dentro de ese proceso de individualización diversos géneros periodísticos ofrecen la técnica adecuada. Es, por ejemplo, más individual un reportaje que una noticia, da al reportero una capacidad mayor para manifestarse él mismo; pero es todavía más individual un artículo que un reportaje. Pero el más individual de todos los géneros es sin duda la columna, género periodístico cuya genealogía y técnica permiten al periodista realmente expresar lo que quiere, en el momento que quiere y como quiere, bajo la responsabilidad de su firma. Con esto quiero significar que la columna es la máxima posibilidad de periodismo individual y para eso, inclusive, fue creada la columna como género periodístico, de suerte que llegue a esto tanto por un juego de circunstancias que se dieron a lo largo de muchos años de vida profesional, como por la decisión de seguir un impulso que era el que me movía desde el principio.

—Alguien ha calculado que en los diarios de la ciudad de México se publican unas 120 columnas políticas a la semana y, sin embargo, las contaría uno con los dedos de las manos aquellas que verdaderamente tienen una autoridad moral y periodística, y una respetabilidad y credibilidad verdaderas. ¿A qué razones cree usted que se debe esto?

—Es un fenómeno de orígenes y motivos múltiples. Efectivamente hay un boom de columnistas, como le llamé en una conferencia que di en un ciclo que organizó la cadena de los “soles” cuando yo colaboraba en ella. No se ha analizado a profundidad, con serie-

DONDE EL PERIODISMO DEJA DE SER UNA AVENTURA DE PIRATAS

por Otto Granados Roldán



dad académica, el origen de esta manifestación relativamente nueva. Quizá habría que consultar algunas fechas pero tal vez no sea más antigua que de ocho o diez años a la fecha. ¿Por qué se dio este boom de columnistas en la prensa mexicana? Yo creo que por las mismas razones que ocurrió 30 o 40 años antes en el periodismo norteamericano. (Antes permítame decir que la práctica de la columna como género es muy antigua en el periodismo mexicano. Miguel Ángel Granados, en alguna de sus conferencias, revela que la primera columna en el periodismo continental había aparecido probablemente en un periódico de Puebla que dirigía Trinidad Sánchez Santos y la hacía él mismo. Esta columna vendría siendo bastante más antigua, como doce o quince años, que la más antigua de las

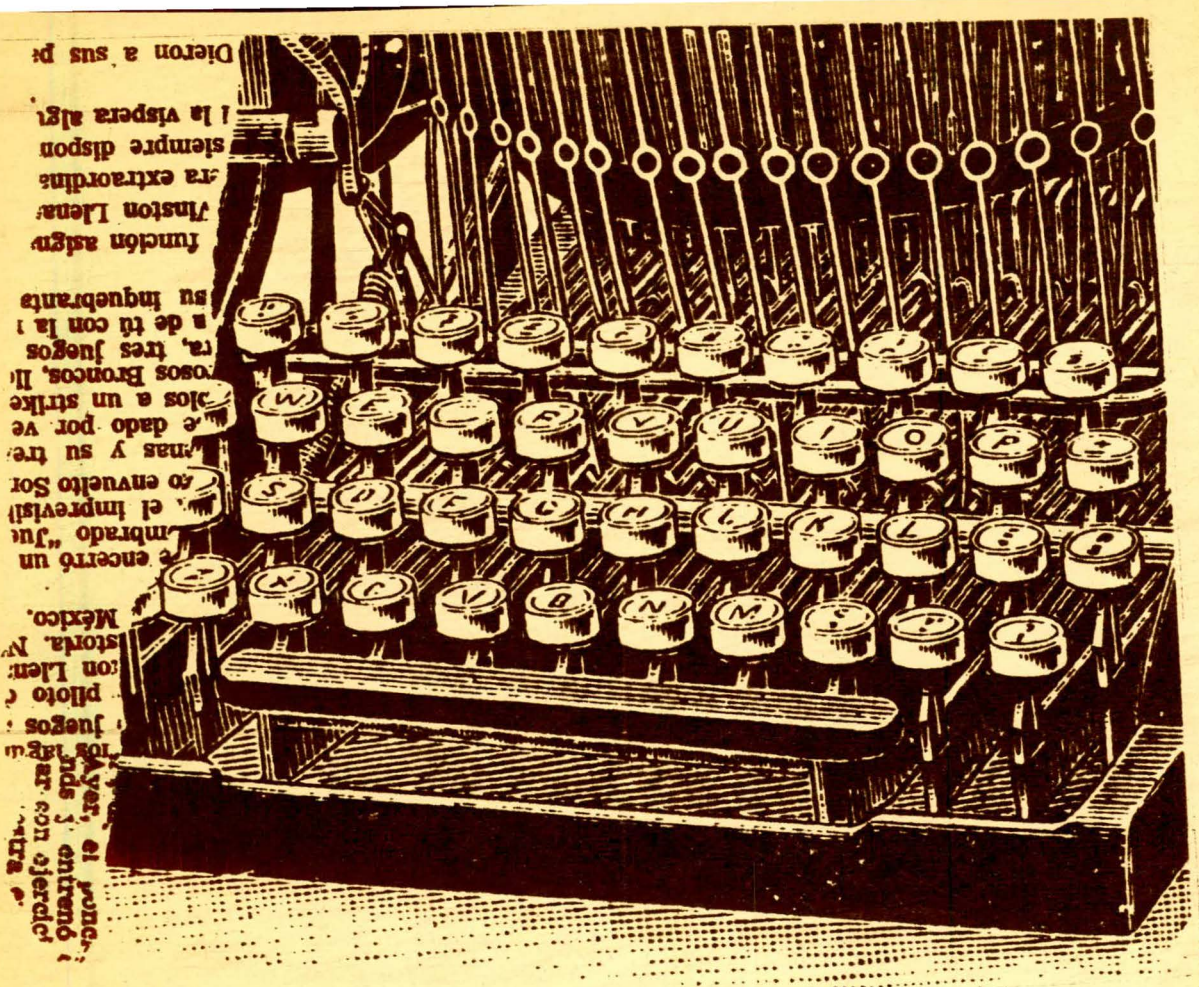
columnas publicadas en Estados Unidos). Ahora bien, ¿qué fue lo que en el periodismo norteamericano originó la necesidad, por parte de los editores, de acentuar, de prohijar el columnismo? Los editores, como gente que hace empresa para lanzar un periódico, están muy atentos a todas las manifestaciones de los compradores, porque de ellos dependen. Entonces estos compradores comienzan a mostrar cierta incredulidad respecto a lo que el periódico dice; se establece de tal manera la competencia entre los periódicos meramente informativos que la gente encuentra que da lo mismo comprar uno que otro, porque en fin de cuentas todos traen la misma información. Sobre todo el lector-auditor moderno, la gente que lee y también ve noticieros de televisión, tiene a través de los medios electrónicos una

información más rápida de la cosas. Entonces busca en la información escrita, en la letra impresa dos tipos de satisfactores que no le dan los medios electrónicos: uno es la noticia trabajada a profundidad y en mayor extensión, que la breve referencia que de ella han dado los medios electrónicos, concretamente la televisión pero también la radio; ese es un aspecto de la búsqueda. El otro aspecto es la opinión. Es decir, el lector va en busca de referencias, de un marco conceptual, de un marco crítico que le permita digerir, entender mejor la información. Se dan tantas noticias y tan velozmente, que verdaderamente aturden a los lectores-audidores y éstos terminan por no comprender bien la naturaleza de ciertos hechos hasta que alguien se los comenta y les fija determinados marcos de referencia para entender lo que ha pasado. Teóricamente esta orientación debería darse a través de los editoriales; pero los periódicos se han encargado de deslavar la importancia de los editoriales y entonces se busca la presencia de ciertas individualidades, más o menos destacadas por alguna razón dentro del periodismo, para que sean las que den un comentario, ofrezcan una referencia ante la cual, o de la cual, o por medio de la cual el lector-auditor confronte la información primaria que le ha sido servida a granel. En nuestro periodismo actual, decía don Paco Martínez de la Vega, hemos llegado a cierta "polarización" que expresada en sus palabras se diría que a alguna gente no le importa tanto qué se dice cuanto quién lo dice. Esa es la razón que da pábulo a ese despertar de las individualidades a través del artículo y de la columna.

Ahora, si lo que entraña su pregunta no es tanto un examen cuantitativo como cualitativo del fenómeno, habría que preguntarnos ¿es positivo o es negativo para el periodismo nacional este boom de columnistas? Yo diría primero algo que es importante destacar: yo no soy juez de conciencias de nadie, nadie me ha nombrado juez de conciencia de otros periodistas. Habrá usted observado que en mis escritos no me refiero, no critico a otros colegas; si no puedo referirme a ellos para citarlos objetivamente, normalmente o elogiosamente, prefiero no hacerlo. No estoy autorizado moral ni profesionalmente para ser juez de mis compañeros de profesión. Pero creo que la pregunta, tal cual usted la formula, ya entraña una preocupación: la preocupación que se observa en muchos ciudadanos de que realmente la proliferación de comentaristas no sea un fenómeno positivo. ¿Qué ocurre cuando en cualquier actividad comienzan a proliferar los practicantes de esa actividad? A menos que haya una rica cantera humana, lo que ocurrirá siempre es la improvisación, la gente que se improvisa en una actividad y viene el meroliquismo, la suplantación, viene todo eso que da la improvisación en un quehacer. Si, digamos, de pronto una comunidad muy numerosa no tiene médicos suficientes, empiezan a improvisar los enfermeros, los paramédicos —que no son tan dañinos—, y si no bastan éstos, se improvisan los curanderos, las comadronas y, sobre todo, los charlatanes. Entonces si en esta práctica del periodismo nacional, el columnismo, se han improvisado muchos charlatanes, creo que corresponde a los lectores denunciarlos, señalarlos, a través de la crítica que debe hacerse a los propios medios y a través del rechazo que debe hacerse de los periódicos que emplean charlatanes para el comentario político.

—Usted me ha hablado sobre este asunto de las circunstancias profesionales y de las de los lectores, pero ¿qué papel ha jugado el apoyo que ciertos personajes políticos, ciertos grupos políticos pueden prestar para propiciar que crezcan estas columnas y para que sean instrumentos en sí de sus intereses políticos?

—Claro. Hace un momento decía que la columna representa una polarización. Es una polarización de poder, desde el punto de vista de que el periodismo, como fuerza integradora



Carrillo Castro era sólo el secretario general, de manera que yo no dependía de éste, sino del director general.

Pero mire, el periodista, independientemente de la fama que llegue a adquirir o de la influencia que se llegue a atribuir, siempre será un ser humano; sujeto a todas las vicisitudes y a todas las grandes aventuras del espíritu humano. Soy un devoto de la amistad, considero que mi religión es la amistad, tengo una verdadera devoción por la palabra y soy fiel a mis amigos, tanto aquellos que he tenido la fortuna de conquistar a lo largo de una vida cuanto aquellos que, de pronto, uno va descubriendo en el trayecto actual. No puedo sustraerme, no quiero ni debo sustraerme a la influencia de la amistad. Sin embargo, y lo quiero dejar muy preciso, no tengo un solo amigo que siéndolo, se atreviera; una sola vez, a tratar de coartar mi libertad como periodista. No sería más mi amigo.

—De otro lado, don Manuel, en su vida profesional también ha tenido problemas en los medios donde ha trabajado. Por citar solamente dos casos recientes, usted dejó El Universal y dejó la Organización Editorial Mexicana. ¿Cuáles fueron los motivos que lo llevaron a ello? Particularmente en esta última, porque en el otro supongo que fue por el artículo de los tractores de Toledo Corro.

—Sí, efectivamente. En el caso de esa columna de los tractores, Toledo Corro, con el suficiente peso político, la suficiente influencia dentro de ese periódico y otros, consiguió que no se publicara la columna, razón que estableció ya las causas para que yo dejara El Universal casi inmediatamente. En el caso de la cadena, a pesar de que había una buena relación tanto con Moya como con Vázquez Raña, a medida que se desarrollaba la vida empresarial de este último, se multiplicaban sus compromisos y todo editor, no hay uno que se escape de esta regla, tiene un cierto número de vacas sagradas a las que no querrá o no admitirá que sean tocadas en su propio periódico. Esto hay que sentirlo o tomarlo de la manera más natural y humana posible, como hace un momento decía, todos tenemos derecho a tener nuestros amigos. Pero lo cierto es que a medida que se multiplican los amigos del editor se va restringiendo más y más el margen de libertad que tiene el colaborador, de manera que cuando este margen se estrechó demasiado para mí en la cadena, yo desistí de seguir con mi colaboración en ese grupo de periódicos.

—Y en un país como México, en donde el régimen presidencialista es el prevaleciente en el sistema político, independientemente de quien sea la persona que ocupe el cargo, ¿qué tipo de inhibiciones le puede crear a un columnista, específicamente a usted? Tengo la impresión de que cuando usted se ha referido al presidente López Portillo lo ha hecho en un tono equilibrado.

—Si uno no está conforme con vivir en un país organizado bajo una cierta estructura de Estado, la cual significa la permanencia de un gobierno con ciertas características, tiene dos opciones: o marcharse del país a otro donde le plazca mejor la organización o donde no haya ninguna, o tomar las armas para derribar las estructuras. Creo que la mayor parte de los mexicanos, la inmensa mayoría, estamos concientes de que la organización política deriva

La Cultura en México.
Suplemento de Siempre!
Director General: José Pagés Llergo.
Coordinador: Carlos Moniváis
Consejo de redacción: Luis Miguel Aguilar, Joaquín Blanco, Adolfo Castañón, Rolando Cordera, Luis González de Alba, Carlos Pereyra, José María Pérez Gay, Antonio Saborit.
Diseño: Bernardo Recamier Angeli.
Impresión: Lito Offset Sánchez S.A.
 México, D.F. 30 de septiembre 1981 N° 1018

tos a los que se refieren o por los temas que abordan. Para no ir más lejos allí está el asunto protagonizado por Rubén Figueroa y por el autor de "Red Privada". Pero por otro lado también se dan ocasiones en que el columnista ha tenido o tiene algún tipo de relación profesional o política incluso, con algunas personas a las que se refiere paralelamente o después. En este sentido, usted fue responsable de la información del Departamento del Distrito Federal cuando Alfonso Martínez Domínguez era el jefe del mismo y luego de Conacyt cuando Gerardo Bueno era el director y Alejandro Carrillo Castro trabajaba allí y con relativa frecuencia aborda usted cuestiones sobre Martínez Domínguez o sobre Carrillo Castro. ¿Cómo resuelve usted esa relación?

—Me gustaría hacer algunas precisiones. Yo fui a trabajar al DDF unos cuatro o cinco meses después de que había comenzado a ser jefe del mismo el señor Alfonso Martínez Domínguez. Y fui allí a petición de su hermano Guillermo, con el que me ligaba una cierta amistad derivada de la relación de trabajo que establecimos ambos en La Prensa, periódico del cual fue editorialista y articulista Guillermo Martínez Domínguez en el tiempo en que fui director. Allí se estableció una cierta amistad entre periodistas, y Guillermo me pidió que fuera a ayudar a su hermano Alfonso. El grupo que rodeaba a Alfonso me recibió como un cuerpo extraño; francamente nunca me dejó trabajar como supongo que puedo hacerlo y que he demostrado que puedo hacerlo puesto que he servido otros cargos de comunicador social dentro del gobierno —a los que usted mencionó habría que agregar la Comisión Federal de Electricidad y una pequeña etapa en Nacional Financiera. De suerte que puedo decir que jamás fui yo "responsable de la información" de Alfonso Martínez Domínguez. Copado, cercado y rebasado por el grupo que lo rodeaba, me fue imposible desarrollar una tarea allí, de suerte que cuando al final de cuentas pude presentar mi renuncia el 15 de junio yo me sentí al final de una pesadilla que había durado ya cinco meses. En el caso del Conacyt el director general era Gerardo Bueno, una persona de excepcional capacidad humana, política y técnica para las tareas que le fueron encomendadas; personas acerca de la cual me honra decir que sigo siendo su amigo y lo seré mientras ambos tengamos vida. Alejandro

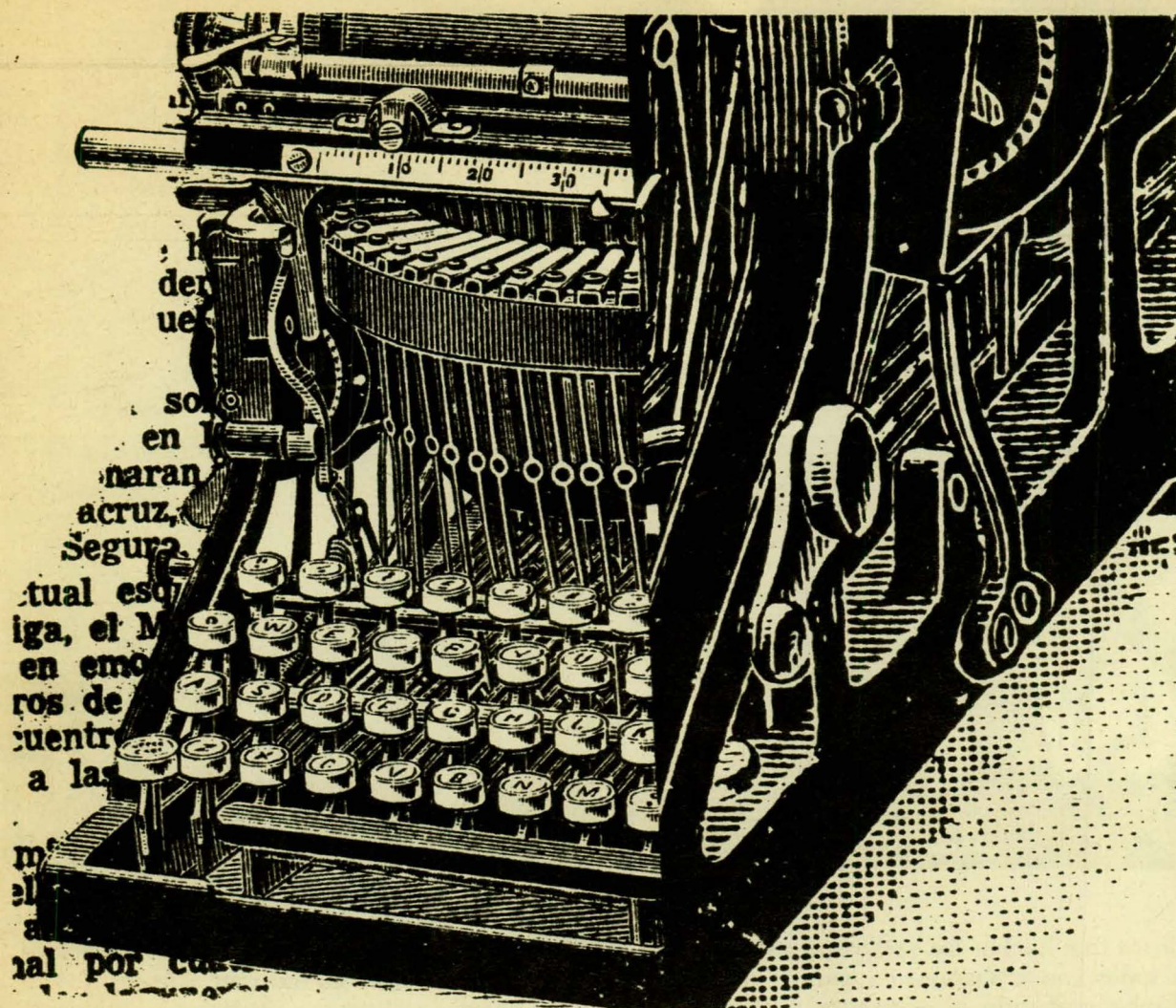
o disgregadora, según se vea y se ejerza, de la sociedad, como fuerza influyente en los procesos de la sociedad, es un poder. El columnismo es una polarización de poder y por supuesto que esto interesa a los tartufos de la política que están jugando esos sucios juegos de poder. En este país, en esta ciudad de México, existen laboratorios clandestinos de procesamiento de información sucia, larvada, que se suministra a través de determinadas columnas. Es decir, ciertos columnistas, ciertos comentaristas, por la cuenta que les tienen —ésta es cuestión, siempre, de pesos y centavos—, se prestan a servir de instrumentos a esos tartufos de la política que actúan, la mayor parte de las veces, desde la clandestinidad. No actúan desde los órganos legítimos del gobierno o desde los órganos legítimos de los grupos sociales normalmente constituidos como tales.

—Y en el caso concreto de "Red Privada", ¿cuál es el propósito político que la anima?

—Hace un momento le decía que no soy juez de conciencia de nadie. Tampoco admito que se me juzgue como parte de un movimiento, de una corriente, de una tendencia, puesto que no soy parte de ninguna de esas tendencias, corrientes o manifestaciones políticas del país. Trato de ser yo mismo —bueno, malo, peor o regular—, pero yo mismo como individualidad. Por supuesto no soy un invertebrado en política; tengo un eje central que me sitúa definitivamente en una posición progresista, en una posición socialmente avanzada. Pero trato de ejercer esta capacidad de manifestarme, esta oportunidad que se me ha dado, para servir a la sociedad a la que pertenezco. Para asumir hasta donde pueda, hasta donde lo alcanzo a entender, las causas de los campesinos, de los obreros, de los perseguidos, de los presos, de la gente que tiene necesidad de ser atendida por alguien y de que alguien tome su voz y la amplifique para que se escuche. Otras veces expreso lo que que son mis propios sentimientos, mis propias emociones, tratando siempre de que estas expresiones subjetivas vayan respaldadas por una base de información y por un tiempo de reflexión sobre el problema que abordo.

Funcionarios, políticos y periodistas: la espinosa relación

—Don Manuel, se observa con frecuencia que los columnistas, por una razón natural, tienen problemas con los personajes concre-



da de la sucesión de luchas que concluyen con la revolución de 1910 y se plasman en la Constitución de 1917, dispone el tipo de gobierno que tenemos y ese es el tipo de gobierno bajo el cual quisiéramos que el país no sólo permaneciera sino pudiera prosperar, progresar, perfeccionar. La Constitución establece un régimen presidencialista; así lo votaron los constituyentes de 1917 y así además lo ha fortalecido la práctica política consentida por la inmensa mayoría de los mexicanos de entonces para acá. A veces no reflexionamos en esta sencilla verdad, pero si hay otra dígamela usted. Tenemos pues un presidente. Yo creo que una manera de respetarnos a nosotros mismos es respetar la institución de la presidencia, respetar la persona del Presidente, en tanto esta misma persona no haga nada, obvio y grueso, por volverse irrespetable. Pero si hay en la Presidencia un ser humano que se comporta respetando su cargo y la presidencia como institución es conducida de acuerdo con una razonable adhesión a las normas de la Constitución de 1917; uno no tiene porqué no manifestar respeto al Presidente. Faltarle al respeto, aparte de una estupidez, es faltarle al respeto uno mismo; el Presidente se vuelve en un momento dado contertulio o inter-locutor en una comida, tomarse libertades del lenguaje delante de él no es una audacia, es una impertinencia. Es como quien habla con una persona mayor en saber y gobierno —según decían nuestros padres— y se porta groseramente; no pasará por ser eso: un grosero, un impertinente. De suerte que guardar ciertas formas de trato entre los ciudadanos según las jerarquías políticas de éstos, es bueno para nuestro ejercicio social, para nuestra permanencia como sociedad en paz.

Ahora, si usted ha sido lector más o menos continuo de mi columna, habrá visto que varias veces, y en asuntos graves, he disentido públicamente, bajo mi firma, respecto al Presidente. He hecho más por decirle cosas desagradables al Presidente, que muchos que dicen que este Presidente es un tal por cuál, pero que si estuvieran delante de él o tuvieran que firmar algo no lo harían, por cobardes. Yo así recibo cartas, telefonemas y hasta en conversaciones, que me dicen: —“Bueno, usted, a ver si es tan valiente como periodista, ¿a que no le dice al Presidente esto y esto?”; bueno —“¿Y usted por qué no se lo dice?”, les

contesto, —“Ah no, porque me meten a la cárcel”. Y a mí ¿no me pueden meter a la cárcel? ¿A mí no me pueden seguir un perjuicio de lo que diga? Por supuesto que puede ser, pero yo asumo mi responsabilidad, no me escudo detrás de un columnista o de un periodista “x” o de un político desbozalado “n” para decirle al Presidente lo que yo le tengo que decir, lo que yo quiero decirle al Presidente cuando disiento de su política. Se lo digo bajo mi firma, bajo mi responsabilidad y asumiendo las consecuencias que pudieran derivar de mi conducta. Esto es muy importante, porque hay gente cobarde que quiere los pantalones de otro y lo provocan a uno para que diga ciertas cosas so pena de ser llamado cobarde. Yo simplemente les volteo la oración por pasiva; les pregunto: —“Y qué le impide a usted escribirle una carta al Presidente, firmarla y poner su domicilio, y disentir de la política del Presidente? ¿Qué le impide?” —“No, tengo miedo”. Bueno, pues entonces el que tiene miedo ni siquiera tiene derecho a juzgar si otro es igualmente o menos miedoso que él, simplemente que no se atrevan a juzgarlo a uno. Mis hechos como periodistas no tienen remedio. Allí están impresos y no los puedo borrar, pero tampoco nadie puede borrarlos en lugar de mí.

“Así es esto... una pelea de todos los días y de cada hora”.

—Alguna vez usted dijo que en sus años de periodista ha tenido muchos fracasos, errores y desencantos y que esto le ha hecho ser bastante humilde en relación con su trabajo. Por una parte ¿qué satisfacciones le ha dejado esto? y, por otra, ¿se siente usted una persona influyente, con peso político en la vida del país?

—La aventura del periodismo es, desde mi punto de vista, la más fascinante de todas. Está llena de sorpresas, está llena de desafíos, comporta decepciones y también satisfacciones verdaderamente valiosas. Cuando yo digo que tengo experiencia, llamo experiencia al cúmulo de fracasos personales, aquellos de los que yo he sido protagonista y también a aquellos que he visto cometer en mi entorno pero no inútilmente. Es decir, experimento en cabeza propia y en cabeza ajena y todo ese cúmulo de desastres es lo que para mí representa la experiencia después de más de 35

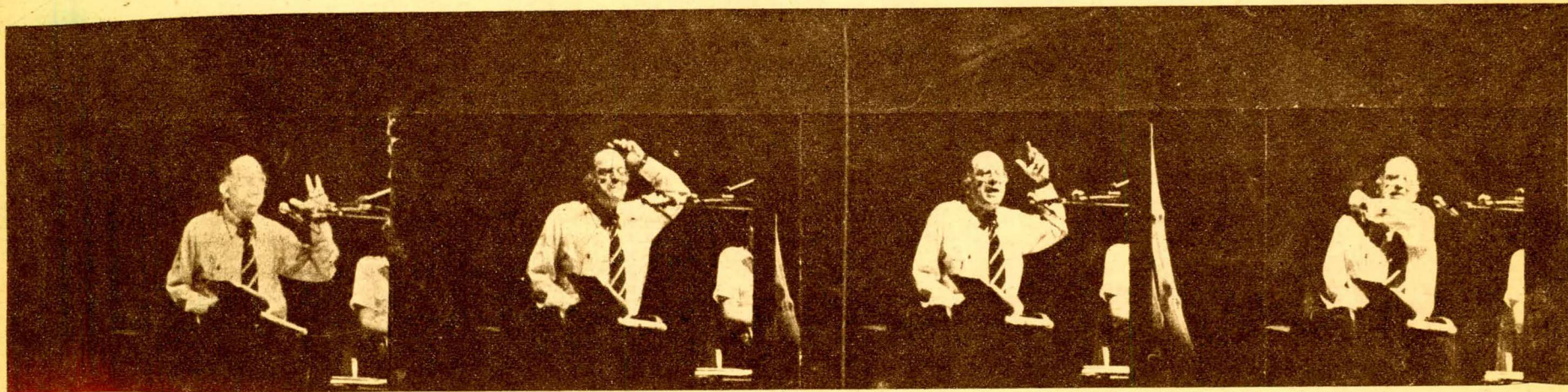
años del ejercicio del periodismo. Satisfacciones, invaluable e insustituibles. Usted recordará, por ejemplo, el año pasado cuando un grupo de ciudadanos, amigos y no amigos, concordaron, algunos sin conocerse, en hacer una “asamblea popular” digamos —aquel desayuno en el Hotel del Prado— para ofrecerle solidaridad a Manuel Buendía cuando sintieron que éste estaba amenazado de muerte por un cacique, el señor Rubén Figueroa. Esta satisfacción desde luego ha sido uno de los días culminantes de mi carrera como periodista, pero hay muchos otros, otras ocasiones de recoger los frutos sembrados. Cuando de repente logra uno quitarle a la policía un detenido, digamos a un perseguido político latinoamericano que está a punto de ser deportado y que tras la deportación le espera la muerte, y uno logra mediante influencias —esas de las que usted hablaba— quitárselo a la policía y devolvérselo a los suyos, a sus familiares, a sus correligionarios, y uno recibe el apretón de manos de esa gente, se siente no solamente pagado en todos sus esfuerzos, sino rebasado y deudor frente a esos seres humanos y, desde luego, más comprometido a seguir luchando. Así es esto. Hay que entenderlo como una pelea de todos los días y de cada hora. Nunca sabiendo exactamente qué es lo que va a ocurrir con algo que uno está investigando o que uno escribió y que se puede o no publicar mañana. Dice usted que si me siento influyente, pues a veces he podido probar que sí lo soy, cuando a través de estos teléfonos que usted ve, he podido hablarle a un funcionario importante para pedirle en nombre de sus propios sentimientos humanos y del respeto a nuestra tradición, la liberación de un perseguido en las circunstancias que acabo de describir. Otro tipo de injerencias o de influencias, si usted se refiere a la posibilidad de modificar una decisión de gobierno o de inducir una determinada conducta política de algunos funcionarios... ¿quién sabe? Es muy aleatorio eso. La verdad es que uno debe estar blindado contra este tipo de decepciones; a veces uno investiga y prueba determinados hechos y no ocurre nada. Se golpea uno la frente ante la pared del cinismo y de la sordera intencionada. Y hay que volver otra vez, e insistir e insistir a ver si alguna vez se comienza derribar ese muro.

—Por el lado de los medios electrónicos de comunicación, creo que como nunca la televisión privada específicamente ha experimentado un crecimiento y un fortalecimiento notables. En el caso de Televisa esto creo que ha sido posible con la complacencia y la complicidad gubernamentales y en obvio perjuicio de la sociedad civil y del interés del Estado. Usted mismo escribió hace tiempo que era un notorio avance del fascismo que los intereses corporativos se estuvieran apropiando cada vez de más y más medios de comunicación. ¿Cuál es su opinión sobre eso?

—Creo que más que hablar de complicidad, o emplear ese tipo de términos verdaderamente duros y sin matiz, deberíamos hablar de una no política de comunicación social de este gobierno. ¿Para qué juzgamos anteriores? Hablemos de esto que tanto nos atañe. Este gobierno ha fracasado si no en un cien por ciento sí en una gran medida respecto a la toma de conciencia de que la comunicación es parte constitutiva del poder. Y que si se dejan vacíos de poder vienen elementos apócrifos o adversarios y los llenan. Eso es lo que ha pasado, porque no fue capaz el gobierno de estructurar una verdadera política de comunicación social, y observe usted que empleo la palabra “fue”; quiere decir que creo que ya se le terminó el tiempo a este gobierno y que no podrá restituir lo que no pudo hacer en su momento preciso. Desgraciadamente el balance es muy pesimista. ¿Hacia dónde va esto? Hacia ninguna parte. Va a llevar la misma traza que ha llevado desde el principio.

UNA CONVERSACION CON ALLEN GINSBERG

por Antonio Saborit



LA ÚNICA CONDICIÓN había sido la puntualidad. El plan era encontrarlo en el vestíbulo del Hotel Presidente a las diez de la mañana; pero ya fuera porque no había hablado directamente con él o porque en realidad jamás se enteró, cuando llegué tenía otros planes. El día anterior había dicho que podía acompañarlo al Museo de Antropología, que podíamos platicar mientras tanto, pero seguramente desde ese momento había comenzado a interponerse otros compromisos menos inoportunos que la entrevista que se imaginó. De cualquier manera ofreció comunicarse al regresar al hotel. En ese momento tenía pensado desayunar con Albert Hoffmann, que estaba hospedado en el mismo hotel y había venido a México para un congreso. —¿Sabes quién es Hoffmann? Es el que sintetizó por primera vez el LSD —añadió, mezclando su español y su francés, como entre el secreto y el reproche.

Se había puesto de acuerdo con una de las edecanes del hotel. No sabía por dónde empezar con lo que tenía que hacer o lo que quería hacer esa mañana. Ella le hablaba en inglés y sumía la cabeza entre los hombros cada vez que Ginsberg, impaciente, cambiaba el tono de voz o dejaba caer los brazos y movía la cabeza como un muñeco de trapo.

Minutos antes lo había visto salir del elevador: de saco azul claro, corbata, la camisa arrugada, el cuello salido, dos tallas más grandes; el tiro de los pantalones a medio muslo y mocasines con puntas cafés. Traía también un morral mínimo con una o dos libretas y varias hojas sueltas, y prendido en un costado de la camisa, al frente, un botón metálico en el que venía apuntado un mantra —según las versiones de algunas gentes. La luz del vestíbulo era pésima y afuera empezó a llover.

Tenía ya varios días en México y en el lapso había dado dos lecturas. Desde entonces algunos periódicos lo habían buscado y Ginsberg atendía a todos. Lo había conocido en Morelia: aún no se había instalado en el hotel cuando un reportero ya le estaba preguntando las veces que había sido deportado de algún país —incluyendo a México, por supuesto. La insistencia en ese tipo de datos dio paso, de un modo extraño o inexplicable, por venir de quien venía, a las preguntas sobre el trabajo reciente de Ginsberg. Esa mañana, más tarde, Ginsberg conversaba con un grupo de perio-

distas que hacían las preguntas más diversas, y todos con grabadora en mano; también él estaba grabando la entrevista y al terminar apuntó los nombres de los periódicos de cada uno de los que estaban ahí.

Llamaba la atención que se grabara a sí mismo. Pensé que podía ser solamente la pieza de una rutina personal —lo mismo que meditar una hora todas las mañanas antes de hacer cualquier cosa y luego escribir—, o que de alguna manera tenía algo que ver con la posibilidad de demostrar, en caso de necesitarlo, que había dicho o declarado cualquier cosa. Se podían citar casos. Lennon concedía entrevistas no sin antes someter al reportero a un careo astrológico y a condición de que le dejaran ver el texto antes de publicarlo; Edmund Wilson estaba seguro que la mejor entrevista era la que él mismo podía hacerse; Vonnegut comentaba la entrevista que le hizo *Playboy* como si se tratara de un texto de ficción, porque al mostrarle la transcripción de la cinta descubrió que al menos tenía una cosa en común con Joseph Conrad: “El inglés era mi segunda lengua. Al contrario de Conrad, no tenía una primera lengua, de ahí que me pusiera a trabajar en la transcripción con una pluma y un lápiz y tijeras y goma, para dar la impresión de que me daban muy fácilmente el hablar mi lengua materna y el poder pensar cosas importantes”. Pero el hecho de que Ginsberg grabara sus conversaciones con la prensa remitía a otra cosa. Varias veces había comentado la infiltración de noticias poco precisas, el control y la dosificación de algunos datos; la manera en que algunos sectores de la prensa participaban en el mismo juego —añadiendo difamación o descrédito—, y que antes de sentarse a platicar esa vez Ginsberg fuera a su cuarto por la grabadora, parecía no necesitar mayor explicación.

No participé en esa entrevista, y me acerqué cuando Ginsberg se quedó solo recogiendo algunas cosas. Le pregunté el significado de una expresión —*tip my mit*— que varias veces me había encontrado en sus *Diarios* y que jamás pude traducir. Me preguntó a qué *Diarios* me refería; *Early Fifties Early Sixties*, contesté. —Era una expresión que se usaba entre *junkies* —dijo—. Quiere decir algo como confesar o delatarse; me parece que viene del beisbol pero así la usábamos nosotros. *

Pero como de algún modo hasta ahí podía llegar el interés en conversar en esa ocasión, lo más sencillo también era reconocer la inutilidad de cualquier pregunta y limitarse, de buena o mala gana, a tratar de reconocer en

Ginsberg algunos de los rasgos conocidos. Acababa de oírlo cantar, sin música, uno de sus poemas políticos, y eso parecía una continuación natural del que había sido varios años atrás, hasta poco tiempo después de la muerte de Kerouac, por dar una fecha. O salir al encuentro de una época que convirtió sus referencias en estilos de vida, y que se vio asociada, de manera indisoluble y cambiante, con los trabajos de un grupo de escritores que atinó al aplicar la pasión y el descontento del impulso literario inglés del siglo XIX para consignar la niebla de una época distinta. O citar, por ejemplo, las reuniones de todo tipo en el departamento de Burroughs en el Riverside Drive; la época en que Ginsberg llegó a jugar con la idea de firmar como “Allen Renard”, poco antes o después de trabajar como editor de una revista de humor, *Jester of Columbia*, a mediados de los cuarenta. Pensaba que lo que pudiera decir ya lo había dicho otras veces, y que lo mejor de él, finalmente, podía estar en sus poemas recientes —que en realidad era otra manera de referirse a cualquier poema posterior a las viejas antologías. Pero también esa era una opción discutible, porque de alguna forma se había colado la sospecha de que el talento resaltó mayor que el trabajo verdadero y que en cierto momento había cesado el ímpetu de ese grupo de escritores.

Estaba ya otra vez en el hotel, haciendo tiempo mientras daban las tres. Desde el incidente de la mañana había descartado el que Ginsberg se molestara en tomar el teléfono para acordar una cita y pudiera platicar un rato con él. Supongo que tenía la idea de que me interesaba entrevistarle, que tenía ya mi cuestionario, y que por lo mismo tendría que repetir las mismas respuestas que había dado a todas las preguntas que hasta ese momento le habían hecho. Por teléfono dijo que tenía tiempo hasta las tres de la tarde, y que nos podíamos ver en el vestíbulo del hotel a esa hora. Advirtió que en caso de que él no estuviera ahí para esa hora lo podía encontrar en el restorán del primer piso. A la una y media tenía una entrevista, pero calculaba que para entonces ya estaría libre.

No fue exactamente así. Cuando subí al restorán la entrevista no había terminado todavía. El lugar estaba lleno y fue un problema dar con la mesa; Ginsberg estaba terminando su café y muy de vez en cuando levantaba el cigarro del cenicero. Sus respuestas eran en español y no sé en qué momento comencé a traducir las preguntas que le hacía